



Emilia Pardo Bazán
El saludo de las brujas

Primera edición: febrero de 2021
© 2021 de esta edición: Mármara Ediciones
www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Moreno
Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos
Impreso en España — Printed in Spain
ISBN: 978-84-122458-2-0
Depósito legal: M-14279-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

AL QUE LEYERE

Dado que has de leer estas páginas, acaso para ti está de más la advertencia; para los que no leen, pero malician, no hay advertencia que baste. Con todo eso quiero declarar en la primera página que esta novela ni tiene clave, ni secreto, ni retrata a persona alta ni baja de este mundo, ni se inspira en hechos verdaderos antiguos o contemporáneos. Es inventada de cabo a rabo; se refiere en parte a comarcas imaginarias, y si encerrase alguna enseñanza (no me atrevo a afirmar que la encierre), será porque no hay ficción que no se parezca de cerca o de lejos a la verdad, aunque nunca pueda igualarla en interés.

PRIMERA PARTE

¡Salud, Macbeth! Tú serás rey.
(Shakespeare)

I

LOS ENVIADOS

La campanilla de la puerta repicó de un modo tan respetuoso y delicado, que parecía un homenaje al dueño de la casa; y el criado, al abrir la mampara de cristal, mostró sorpresa, una sorpresa discreta de servidor inteligente, al oír que preguntaban:

—¿Es tan buena hora para que su alteza se digne recibirnos?

El que formulaba la pregunta era un señor mayor, de doble continente, vestido con exquisita pulcritud, algo a lo joven; el movimiento que hizo al alzar un tanto el reluciente sombrero pronunciando las palabras «su alteza», descubrió una faz de cutis rosado y fino como el de una señorita, y cercada por la hermosa cabellera blanca peinada en trova, terminando el rostro una barba puntiaguda no menos suave y argentina que el cabello. Detrás de esta simpática figura asomaba otra bien diferente: la de un hombre como de treinta años, moreno, rebajuelo,

grueso ya, afeitado, de traje desaliñado, de mal cortada ropa, sin guantes, y mostrando unas uñas reñidas con el cepillo y el pulidor.

El criado, sin responder a la pregunta, se desvió abriendo paso a los visitantes; y precediéndoles por el recibimiento, alzó un tapiz y les introdujo en una salita, donde ardía buen fuego de leña, al cual se llegó vivamente el mal pergeñado, levantando el ancho pie para calentar la suela de la bota. Una ojeada severa de su respetable compañero no le impidió continuar exponiendo a la llama los dos pies por turno, y a la vez examinar curiosamente el aposento. El capricho y la originalidad de un artista refinado se revelaban en él. Proscritos los mezquinos cachivaches que llaman *bibelots*, y también los pingos de trapería vieja, que si los apaleasen despedirían nubes de polvo rancio, no se veía en las paredes, cubiertas de seda amarilla ligeramente palmeada de plata, más que dos retratos y un cuadro: cierto que los retratos llevaban la firma de Bonnat, y el cuadro era una soberbia *Herodías* de Luini, reputada superior a la de Florencia. La chimenea, de bronce, lucía cinceladuras admirables, y hasta las rosetas de plata que sujetaban los pabellones de los muebles, estilo Imperio, eran primorosas de forma y de labor. Daba pena ver hincarse en el respaldo de uno de aquellos sillones de corte de nave las garras sospechosas del mal trajeado, y el de la cabellera nivea le miró otra vez, como si dijese: «Vamos, haga usted el favor de

no manchar la tela...». Solo consiguió provocar un imperceptible movimiento de hombros, entre desdénso y humorístico.

Los retratos atraían la atención del desaliñado. Parecía que uno de ellos representaba a cierto conocidísimo personaje: nada menos que al augusto Felipe Rodulfo I... No vestía, en el retrato, el brillante uniforme de coronel de húsares, ni lucía placas, cordones y bandas, ni ostentaba signo alguno de su elevada condición: burguesa levita negra, abierta sobre blanco chaleco, modelaba el tronco y acusaba su forma peculiar, el pecho arqueado, los caídos hombros, el cuello un poco rígido, la apostura no exenta de altivez que caracterizaba al soberano de Dacia. Sorprendente era el parecido de la cabeza, copiada tan cual debió de ser allá en verdes años: el rostro pálido, de óvalo suave, de facciones casi afeminadas, de boca diminuta, sombreada por un bigotillo rubio ceniza, de ojos de un azul de agua con reflejos grises; y, únicos rasgos enérgicos y viriles, la nariz bien delineada, de anchas ventanas, y en la garganta muy saliente la nuez. Sin embargo, el que contemplaba la pintura, volviéndose hacia el señor mayor, murmuró con extrañeza:

—Duque, este no es el rey.

—¡Por Dios! Si está hablando su majestad... Como que así le recuerdo, así, cuando yo era capitán de Guardias...

—Pero ¡por el diablo! ¿No ve usted que este retrato viste a la última moda? ¿No se fija usted en el peinado, en la corbata? ¿Cree usted que Bonnat retrataba allá por los años cincuenta?

El tono descortés de esta observación tiñó con dos placas purpúreas las mejillas del anciano; disimulando la mortificación, se acercó al retrato, caló en la nariz unos quevedos de roca y oro, se echó algún tanto atrás, y al fin dijo con pueril alegría, rayana en ternura:

—Es verdad... ¡Qué tontos somos! ¡Si es el príncipe!...

—No, yo no he sido tonto... —recalcó con impertinencia el mal pergeñado—. Este retrato solo podía ser de Felipe María... La casualidad y la naturaleza nos sirven como si las sobornásemos... Una semejanza tan extraordinaria nos allana la mitad del camino.

—La emoción que siento han de sentirla todos los buenos —balbuceó el duque, que sonreía sin querer, como sucede a las personas que rebosan júbilo.

Su compañero, entre tanto, curioseaba el retrato de mujer, y lo miraba analizándolo implacablemente. El pincel realista de Bonnat había reproducido en el lienzo, sin triquiñuelas adadoras, no solo la decadencia de la que fue un tiempo rara beldad, sino el estrago que causan los padecimientos al minar una organización robusta. Era uno de esos re-

tratos encargados por la piedad filial, que ve acercarse la muerte y quiere perpetuar una dolorosa imagen. La dama frisaría en los cuarenta y pico, y sin duda por vestirla con traje que no pasase de moda, el retratista la había envuelto en amplio abrigo de nutria, sobre el cual se destacaba la cabeza pequeña, coronada de rizos todavía muy negros, un peinado que revelaba estudio y artificios de tocador. A pesar del abatimiento físico que se leía en los largos y aterciopelados ojos del retrato, era viva y sensual la roja boca, y mórbidos los hombros de marfil, que descubrían el abrigo caído y el corpiño escotado; la mano, de torneados dedos, jugaba con una rosa, y sobre el pico del escote descansaba rica piocha de esmeraldas y brillantes.

—Aquí tiene usted, duque, a una mujer que ha debido de pasar las de Caín —indicó el facha con maligna ironía—. Esta era ambiciosa, y desde que las circunstancias tomaron cierto giro, apostaré que soñaba todas las noches que ceñía corona y arrastraba manto real. A esta la mató el expediente de nulidad... Mire usted, mire usted cómo se nota la ictericia; ¡qué mejillas, qué sienes!, ¡qué arrugas en la frente! Y lo que es guapa, debió de ser guapa en sus tiempos la bailarina.

Hablaban sin volverse ni mirar atrás, señalando con el dedo el retrato, manoseándolo casi; de pronto sintió una presión como de tenazas en el brazo derecho, y oyó la voz del duque, sofocada por la cólera:

—Cállese usted, Miraya... Esas reflexiones, si se quieren hacer, se hacen luego, dentro del coche... ¿Ha perdido usted la noción del sitio en que estamos? Me parece que siento ruido detrás de la mampara..., su alteza puede oír, ¡y aunque no oiga!

Un gesto del imprudente a quien el duque había llamado Miraya, fue la única respuesta a la acertada observación; y dejándose caer en el sofá, cruzando las piernas, guardó silencio, mientras uno de sus juanetudos pies danzaba, descubriendo sin recato el grosero material y el plebeyo betún del calzado, la dudosa limpieza de la ropa interior. El duque, suspirando, levantó los ojos al techo, como si la lámpara de plata cincelada, entre cuyas hojas de acanto se escondían los feos tulipanes de la luz eléctrica, le interesase mucho.

Y así transcurrieron algunos minutos, en que solo se escuchó el chisporroteo agradable de los troncos.

De pronto, en medio de aquel silencio, y sin turbarlo, pues ni la mampara al abrirse ni la persona al entrar produjeron ningún ruido perceptible, aparecióse un hombre, ante quien el duque, que había permanecido en pie, se apresuró a inclinarse tan profundamente como si quisiese hincarse de rodillas. La posición que no llegó a adoptar el anciano, la tomó en cambio Miraya, repentinamente sobrecogido, y tanto, que se vio palidecer su tez morena, y la palma de las manos se le empapó de frío trasu-

dor. Pugnaba el duque por besar la diestra del recién venido, sin lograrlo, pues este solo consintió una presión ligera. Corrió a levantar a Miraya, y en voz bien modulada y de gentil compás:

—Háganme el favor de tomar asiento, señores —exclamó señalando el sofá—. Sospechaba que vendrían ustedes pronto... Me lo había anunciado Yalomitsa, única persona «de allá» a quien veo algunas veces; no puedo olvidar que el pobre fue amigo de mi madre, y la acompañó... hasta sus últimos momentos.

—Señor... —tartamudeó el duque, inquieto del giro que desde las primeras palabras tomaba la plática—; precisamente por eso, porque sabíamos que Gregorio Yalomitsa tenía el honor de ver con frecuencia a vuestra alteza...

—¿A mi alteza? —interrumpió con festivo alarde el joven, pues lo era, como de unos veintiséis a veintiocho años, y en todo igual al retrato que al pronto habían creído del rey—. Hágame el favor, señor duque... ¿porque supongo que hablo con el duque de Moldau?

—Señor —respondió el duque levantándose solemnemente—, desde los tiempos de Ulrico el Rojo, los duques de Moldau, mis ascendientes, llevaron la espada y el escudo de los príncipes de Dacia en el campo de batalla y en las ceremonias palatinas.

Otra vez hizo demostración de besamanos; pero tampoco se lo consintieron.

—Me es muy grato tener ocasión de conocer a una persona tan digna de respeto, tan consecuente, tan venerable. Sé que es usted un cumplido caballero, no solo por su linaje, sino por las prendas de su carácter, lo cual vale más todavía. Apriéteme la mano señor duque... Y sírvase no darme tratamiento; se lo suplico.

—Señor, si vuestra alteza quiere hacer dichoso a un viejo encanecido al servicio de vuestro padre, y también de vuestro augusto abuelo..., no solo me permitirá que le hable como es debido... sino que...

Rápidamente, antes de que el joven pudiese impedirlo, los labios del duque se le adhirieron a la diestra, y la besaron con codicia, con ardor, con fiebre entusiasta. Felipe María sintió que se ruborizaba, lo cual le contrarió: era la del ósculo de acatamiento que le daban por primera vez una impresión, semiangustiosa, y al mismo tiempo fuerte, atractiva, como la del juego y la del peligro.

—Miraya —prosiguió el duque volviéndose hacia su compañero—, me conmueve tanto ver a su alteza, que no acertaré a decirle el objeto de nuestra visita. Por otra parte, a usted le toca desarrollar eloquentemente nuestro mensaje, y espero que se lucirá usted una vez más, en ocasión tan señalada.

—¿El señor Sebasti Miraya? —preguntó Felipe en tono deferente y halagüeño.

No contestó el interpelado, en quien la emoción, si bien nacida de distinto origen que la del duque,

no era menos profunda. Por primera vez en su vida se encontraba mano a mano, él, Sebastián Miraya, hijo natural de una lavandera, pilluelo de la calle, oscuro tipógrafo después, literato de ocasión, periodista de combate, con una persona de sangre real, con un príncipe; en la esperanza de Miraya, un rey. ¿Dónde quedaban la frescura, la insolencia de minutos antes? Comprendió que en tal momento, si hablaba, se perdía, y enmudeció, limitándose a sonreír, mientras con vigorosa tensión de amor propio dominaba aquella turbación humillante.

—He leído en el propio idioma en que se escribieron varios artículos del señor Miraya, y me han parecido maravillas de estilo y de intención. No tienen en París muchos periodistas como usted... ¿Sus ideas de usted son muy avanzadas, muy revolucionarias? ¿No es usted el portavoz de los republicanos representativos?

—¡No, señor! —apresuróse a exclamar Miraya, cogiendo el hilo, y algo desconcertado aún—. Vuestra alteza se refiere a mis tiempos de inexperiencia... Eso pasó. Soy un convertido. He recibido desengaños crueles del partido en que milité; he comprendido la libertad de un modo menos estrecho, menos formulista, y no cuenta hoy en Dacia la causa de la monarquía servidor más leal. Al señor duque le consta, y mis nuevas y ya firmísimas convicciones son las que me han traído a la presencia de vuestra majestad...

Enérgico fruncimiento de cejas e impaciente tos del duque llamó la atención de Miraya.

—Me adelanto un poco a los acontecimientos, duque —advirtió el periodista demostrando haber recobrado toda su presencia de espíritu.

—Los escucho a ustedes —advirtió con dignidad Felipe María, como indicando que deseaba no alargar la entrevista con digresiones. Miraya alzó los ojos, salientes y separados, de orador, y los clavó en Felipe.

—Señor, venimos encargados de un mensaje, y entre los dos representamos las fuerzas vivas y la opinión honrada de nuestro país. El duque de Moldau, el veterano ilustre, el magnate sin miedo ni tacha, personifica el elemento tradicional; yo, hijo del pueblo, las nuevas aspiraciones, las corrientes europeas. Un eminente político, el exministro Stereadi, que desde hace algún tiempo vigila consultando el horizonte, y lo ve preñado de oscuras nubes y de gravísimos problemas, me ha conferido sus poderes; su sueño dorado sería venir en persona... mas la traición vela también: si saliese de Dacia, al volver encontraría cerrada la puerta; ni a escribir se atreve, porque se interceptan sus cartas. Él es grande y visible, yo, pequeño y oscuro; mis hábitos vagabundos y cosmopolitas me traen con frecuencia a París; mi venida, aun coincidiendo con la del señor duque de Moldau, a nadie llama la atención en Dacia; porque si he modificado mi orden de ideas, convencido de

que mi patria ha menester el régimen tutelar de la monarquía, hasta para plantear con seguridad las nuevas libertades, por ahora no he comunicado al público mis impresiones, y en Vlasta siguen creyéndome republicano representativo; ¡así se engañen siempre los enemigos de vuestra alteza! Créenme hostil a la política de Stereadi, jefe del partido liberal monárquico; nadie sospechará que en nombre de Stereadi precisamente me ofrezco en cuerpo y alma a nuestro salvador, el emblema del porvenir, el príncipe Felipe María de Leonato, legítimo heredero del trono de Dacia.

—¡Dios le conserve largos años! —exclamó enfáticamente el duque, irguiéndose y volviendo a sentarse a un suplicante ademán de Felipe.

—Puede usted continuar, señor Miraya —articuló el que llamaban príncipe, inclinando la cabeza como si aprobase.

—Séame lícito expresarme igual que si vuestra alteza ignorase completamente el estado actual de los ánimos en Dacia: es fácil que lo conozca mejor que nosotros...

—Se equivoca usted —declaró apaciblemente el joven—. Si se trata de hechos pasados, claro es que he leído la historia del país donde nació mi padre; pero si se refiere usted a cosas contemporáneas... no me he enterado. Leo los periódicos de allá raras veces; no les presto atención. Cuando viene Yalomitsa charlamos de música, evoca-

mos memorias tristes o alegres... De Dacia, ni esto.

—Pues conviene que sepa vuestra alteza, ante todo, que el rey está gravemente enfermo; tal vez no le quede un año de vida.

Una emoción profunda, eléctrica, estremeció a Felipe. La noticia, así, escueta, brutal, había dado en el blanco.

—El público no lo sospecha —añadió el periodista observando con interés la alteración de Felipe—, pero el médico de cámara, que guarda la consigna del secreto más riguroso, no ha sido tan reservado con el ilustre Stereadi... Aunque la prensa republicana al principio insinuaba veladamente algo, queriendo alarmar, Stereadi tomó medidas para abozalar a los perros ladrones. No conviene que la noticia cunda. Se trata de un padecimiento interno, que tiene un desarrollo previsto, una marcha fija, y que en determinado período se burla de los esfuerzos de la ciencia. Así es que el trono de Dacia vacará bien pronto, y si la desgracia nos coge desprevenidos, sin solución preparada, sin candidato nacional, Dacia correrá a la catástrofe del abismo. No importaría la algarada republicana ni siquiera el reguero de pólvora socialista; no somos un país fabril, somos agricultores, y sin la proximidad de Alemania, hasta el nombre del socialismo ignoraríamos. Otro es el peligro, otro y más terrible: la dictadura militar, la proclamación del gran duque Aurelio, vuestro tío, y... ¡la absorción de Dacia por Rusia!

Hizo una pausa Miraya, esperando el efecto de estas últimas frases, pronunciadas con dramática entonación; y como Felipe se limitase a oír atentamente y callar, prosiguió, cambiando de tono:

—Las tropas están muy trabajadas por el gran duque. Es un soldado; es el vencedor del turco y del albanés, y goza de un prestigio cimentado en la fuerza, y, preciso es decirlo, en la falta de escrúpulos con que procede. De corazón, es ruso más que dacio; su triunfo, para nosotros, equivale a la pérdida de la nacionalidad. Por eso acudimos a vuestra alteza. Mientras vuestra alteza nos olvida, el corazón de Dacia late aquí... No ve tal solo Dacia en vuestra alteza el continuador de una dinastía: ve la independencia, que importa más. ¿Todavía se sorprende vuestra alteza de que, monárquicos de abolengo o monárquicos por convencimiento, le besemos la mano en señal de adhesión?

Hablando así, animándose gradualmente y llegando a expresar con calor el sentimiento, Miraya arrebató a su vez la diestra del príncipe y consiguió rozarla con los labios. Bruscamente, echándose atrás, Felipe exclamó, perdido el aplomo:

—Basta, basta, señores, por vida suya... Les ruego que prescindan de ciertas fórmulas, que, se lo juro, me molestan, y que además son innecesarias para que ultimemos este asunto. ¿Vienen ustedes, por lo que veo, a ofrecerme la corona de Dacia?

—En nombre de los dos partidos serios de gobierno, el liberal y el «antiguo» o tradicional, mancomunados y juramentados —afirmó Miraya.

—Y... el rey... ¿sabe algo de esto? —preguntó con mal disimulada ansiedad Felipe.

—El rey —murmuró el duque bajando la voz—, ¡el rey lo sabe!

—¿Lo aprueba?

—Completamente —exclamó Miraya a su vez—; solo pone una condición: que el testamento donde reconozca a vuestra alteza por hijo y heredero no se haga público hasta después de su muerte. Vuestra alteza adivina... El rey teme las violencias del gran duque, y también el... el disgusto... hasta cierto punto natural... de... su majestad la reina... La mujer, señor, es celosa... hasta de lo pasado, de lo que ya no existe... y... la reina, al fin, ha de ver en vuestra alteza... Basta. Por lo demás, se ha trabajado día y noche con el rey para que se decidiese al reconocimiento legal..., el ilustre Stereadi no levantó mano, y el arzobispo de Vlasta, correligionario del señor duque, no ha contribuido poco a este resultado feliz... que tenemos la honra de comunicar a vuestra alteza, solicitando una palabra que llevaremos a Dacia como un talismán.